

LA EUCARISTÍA



Colección “Raíces de la fe”

BÁSICA

LEANDRO FANLO, cmf

LA EUCARISTÍA

Un banquete sin fin



Ciudad Nueva

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

© 2013, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-270-9
Depósito legal: M-6.068-2013

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Introducción

Al instituir la Eucaristía, Jesús interpretó la vida en clave de fiesta, como un banquete; un banquete que es la vida de quien más nos quiso y nos quiere hasta que vuelva. De ese modo, la ascensión de Jesús al cielo no señala el final de su presencia entre nosotros: Él se fue sólo *temporalmente*, para prepararnos la cena que no termina. Mientras tanto, nos dejó su muerte y resurrección en forma de comida; éste es el sacramento de nuestra fe.

La *hora* de Jesús, tan dramática para Él, la resolvió para nosotros en un recuerdo que hace presente la realidad de la redención.

La Eucaristía es, pues, un banquete infinito. Por eso es tan importante la misa. No debería considerarse una obligación lo que es una necesidad vital de la fe, como no es obligación el respirar, sino una necesidad evidente que nos man-

tiene en vida. La Eucaristía nos hace estar conectados con el soplo de Dios, con ese «boca a boca» del Creador. En ella, la acción de comer, además de ser un gesto instintivo de supervivencia, se convierte en un acto de fe.

Vivir para ver. Comer para vivir y ver que esa comida nos introduce en la Trinidad, donde es imposible morir porque es un alimento en el que se asimila la vida eterna, o mejor, Dios mismo nos asimila.

Este librito pretende entreabrir la puerta del misterio más excelso, que comenzó en un comedor llamado Cenáculo.

1. Más que una memoria histórica del amor de Dios

¿Por qué es tan importante la Eucaristía?

Pensamos poco en que la convivencia de Jesús con sus discípulos y, más en general, con quienes creían en Él, provocó situaciones llamadas a durar hasta que vuelva de nuevo. La Eucaristía es una de ellas, la más importante: es el sacramento más expresivo y más frecuentado por los cristianos y el de mayor contenido. Porque no se trata de un signo que haga referencia a Jesús y que produce lo que significa, como sucede en los demás sacramentos; aquí es Él mismo quien se hace presente.

La institución de la Eucaristía fue una genialidad suya para que lo recordásemos en torno a una mesa. Es como si nos hubiera dicho: «Os invito a cenar para que sepáis que quiero estar siempre con vosotros». Desde luego, se trata de

una cena cualificada, especial, que trataré de explicar en este librito.

Pero tengo que comenzar diciendo que nadie invita a nadie sin razón, o dicho de otra manera: cuando unos amigos (tienen que ser por lo menos amigos) se sientan a comer juntos, es para celebrar algo. En este caso se trata de una cena de despedida, que rememora un pasado que se hace presente no sólo como recuerdo, sino como realidad.

Si cualquier fiesta se celebra porque hay una relación, una vida de amistad previa, esto sucede sobre todo en la Eucaristía. Y desde luego no invitamos a nadie si previamente no lo conocemos.

En el caso de Jesús, fue Él quien nos conocía y nos conoce más que nosotros a Él. Nosotros somos sus invitados, aunque haya sido Él (buen táctica para comenzar una amistad) quien nos haya «obligado» a invitarlo.

Un banquete especial

Así pasó con Zaqueo, un hombre de fama dudosa pero, al parecer, de buen corazón y con

una curiosidad que superaba con mucho su pequeña estatura. Y no le dio vergüenza subirse a un árbol para ver pasar a Jesús.

Yo diría que aquella fue una amistad fulminante. Cuando Jesús levantó los ojos para ver a aquel rico bajito encaramado entre las ramas de una higuera, le comentó: «Baja, Zaqueo, que hoy quiero comer en tu casa». Y la casa de Zaqueo y todas sus pertenencias se llenó de la amistad de Jesús, hasta hacer que la vida de aquel hombre pequeño cambiase radicalmente. Desde entonces, su gran riqueza fue haber conocido a Jesús de Nazaret. Y así fue como a partir de entonces Zaqueo empezó a ser otra persona.

¿Se podía olvidar un cambio tan radical de actitudes? Si gracias a Jesús había decidido devolver con creces lo que había defraudado, ¿no sería éste el principio de una amistad duradera?

Imagino que a Zaqueo le habría gustado tener una foto de la ocasión para recordar la increíble ocurrencia de Jesús. Había valido la pena subirse al árbol –ocurrencia por ocurrencia– para después tener un convite con el Maestro y sus discípulos, junto con muchas otras perso-

nas que constituían el entorno social de aquel jefe de publicanos.

Para que se comprenda la Eucaristía, aparte de la gracia peculiar que supone entender algo de ella, se necesita previamente la invitación de Jesús, haberse relacionado con Él al menos a través de un flechazo tan certero como el que recibió Zaqueo.

Es decir: para entender algo, es necesario que Jesús atraiga por lo menos nuestra curiosidad. En principio se puede incluso no ser bueno... Ya se encargará Jesús de «invitarse» aunque estemos encaramados a nuestros propios prejuicios. Él nos cambia de arriba abajo, como le sucedió a Zaqueo en aquella ocasión.

Por eso no hay que ser pesimistas. Las razones que muchos cristianos aducen actualmente para no ir a misa –que es donde se realiza la Cena del Señor–, con la excusa clásica de que «no me dice nada», por ejemplo, son verdaderas sólo en parte, ya que todo cristiano ha tenido con Jesús algo más que un contacto casual. El bautismo y la confirmación nos han marcado con el fuego del Espíritu Santo, y, como en el caso de Zaqueo, siempre será mayor el interés que Él